



## Demonios de nuestro tiempo

**P**ara quienes vimos en las pantallas de televisión hace 25 años salir de La Moneda el cadáver de Salvador Allende envuelto en una manta, lo que ha pasado con Pinochet en Londres es poco menos que una reivindicación, una señal de que no hemos vivido en vano.

Mucho se ha discutido en las últimas semanas sobre la legalidad de la detención de Pinochet. Incluso abogados defensores de los derechos humanos han cuestionado la legalidad de la detención. Pero más allá de las cuestiones jurídicas el caso es que individuos como Pinochet han representado el mal en la América Latina contemporánea, han sido, como gustaba señalar Sartre, "el demonio de nuestro tiempo". Y hoy, sucede, el demonio está tras las rejas.

En primer lugar, esto es una demostración más de que vivimos los tiempos de la globalización. Pero globalización no sólo significa, como insisten los devaluados ideólogos neoliberales, la universalización del mercado impuesta por los más ricos. Globalización también significa la universalización de los valores de la democracia. Es decir, que ya empieza a ser intolerable que los países, entendidos como comunidades humanas, puedan vivir en condiciones de convivencia inferiores a las que señala el régimen democrático.

Es cierto que la jurisprudencia sentada en Nuremberg para juzgar delitos de "lesa humanidad" o contra la humanidad se quedó relativamente dormida luego de condenar a los criminales nazis. Es recién en los últimos 20 años, con los múltiples procesos de transición a la democracia ocurridos en diversos continentes, que los dictadores han tenido que dar cuenta de sus actos. Sucedió en Corea del Sur y ha sucedido en la Argentina y hay muchísimos expedientes que esperan en diversos juzgados del planeta. Pero lo que sucede hoy en Gran Bretaña tiene un significado particular.

Los dictadores y ex dictadores están notificados que pueden ser tomados pre-

sos en cualquier parte. Están, asimismo, notificados que los "crímenes atroces" como la tortura, la desaparición de personas, la ejecución extrajudicial y el genocidio, no tienen olvido ni perdón.

El argumento de tomar presa a una persona por delitos que cometió en otro país es la imposición de la soberanía del más fuerte sobre la soberanía del más débil, no tiene en esta era global sentido alguno. En la persecución de los delitos de lesa humanidad, de Nuremberg en adelante, sólo se reconoce la soberanía de la especie humana. Quizás se podría perfeccionar el mecanismo judicial estableciendo una Corte Penal Internacional, tal como la mayoría de los estados están tratando hoy de hacerlo, pero eso no puede quitarle a cualquier juez que tenga la majestad de tal el ver delitos contra la humanidad.

Por último, el argumento de ciertos políticos chilenos, incluidos algunos socialistas, de que este suceso reabre heridas que ya estaban cerradas y pone en peligro la consolidación de la democracia en el vecino del sur, es mirar la cosas al revés. La detención de Pinochet no reabre sino nada más que recuerda las heridas que han seguido abiertas en los últimos 25 años.

Una rápida comparación con Argentina nos ilustra este asunto. Allí, los exdictadores Videla y Massera están presos por crímenes atroces que cometieron durante su gobierno, sin embargo, nadie ha dicho que la democracia en aquel país está en peligro. La diferencia es muy sencilla. En la Argentina, a diferencia de Chile, sí se juzgaron a los militares dictadores. Hubo, en buena medida, verdad y justicia. En Chile, en cambio, Pinochet hasta hoy ha evitado los tribunales y no se sabe, por ejemplo, la suerte de los miles de desaparecidos.

Sin verdad y justicia no puede haber estabilidad democrática. Sería como pretender armonía en una familia encubriendo los crímenes de algunos de sus miembros. ■